

➤ Antiamericanismo y conservadurismo en España

José Antonio Montero Jiménez
Universidad Complutense de Madrid

En el primer volumen de *La democracia en América* (1835), Alexis de Tocqueville afirmó que su libro había comenzado a tomar forma tras volver su “pensamiento hacia nuestro hemisferio”, y percibir “en él algo análogo al espectáculo que me ofrecía el Nuevo Mundo”. Estaba seguro de “que la democracia que reinaba sobre las sociedades americanas avanzaba rápidamente hacia el poder en Europa” (Tocqueville 2002: vol. 1, 29-30). Setenta y un años después, H. G. Wells insistía en la idea de unos Estados Unidos que preludiaban el porvenir europeo, en un libro titulado precisamente *El futuro en América. Una búsqueda de realidades*. Ahora bien, ese porvenir no lo cifraba ya en términos estrictamente políticos, sino civilizatorios. En 1968, la perspectiva de un futuro americanizado se había vuelto extremadamente amenazadora para el periodista francés Jean-Jacques Servan-Schreiber, que convirtió en *best-seller* su *Le défi américain*, un desafío que concebía en términos fundamentalmente económicos y comerciales. Tocqueville, Wells y Servan-Schreiber compartían la idea de unos Estados Unidos que se erigían como la avanzadilla de Europa; una suerte de campo de pruebas de lo que esperaba los ciudadanos del Viejo Continente. Ahora bien, ese laboratorio del futuro no trabajaba siempre con los mismos ingredientes. Durante gran parte del siglo XIX, los Estados Unidos fueron, ante todo, el lugar de asentamiento de unos principios democráticos que no parecían encontrar un acomodo tan fácil en suelo europeo. Cuando a finales de esa centuria, de la mano de la III República francesa, comenzó finalmente a cuajar, a este lado del Atlántico, un determinado modelo de republicanismo democrático, la *diferencia* estadounidense pasó a medirse en términos de crecimiento económico. A comienzos del siglo XX, Norteamérica no solo estaba a la vanguardia mundial en producción industrial y agrícola; su gran mercado interno y las modernas técnicas de mecanización de los procesos productivos habían logrado elevar el nivel de vida de la población a cotas superiores a las europeas. En 1950, ese coloso económico se había transformado en una superpotencia con una inédita capacidad de influencia, a todos los niveles –político, social, cultural, financiero– en el bloque occidental.

Definir objetivamente y en pocas palabras lo que son los Estados Unidos resulta no solo simplista, sino imposible. Como defendía hace unos años Richard Kuisel, el objeto de estudio de quienes se interesen por la *americanización* reside en aquello que los receptores consideren como típicamente americano: “Asumamos que el sujeto de la americanización son productos y prácticas (...) que se han venido identificando con América” (Kuisel 2000: 511). Desde este punto de vista, para los europeos contemporáneos, los Estados Unidos han venido a significar, ante todo, una opción de futuro, que podía favorecerse o desecharse: “El filoamericanismo es, al menos, tan antiguo como el antiamericanismo. Originalmente, combinaba la condescendencia con una visión de los Estados Unidos como el laboratorio del futuro de Europa. Antes del ascenso del capitalismo industrial y la modernidad, los Estados Unidos se enamoraron de América, como una visión utópica. Después comenzaron a pensar que los Estados Unidos les habían abandonado” (Gienow-Hecht 2006: 1070). Durante gran parte del siglo XIX, los liberales europeos más

afines al republicanismo se convirtieron en los más fieles defensores de esa utopía americana, de la que comenzaron a desconfiar a comienzos del xx, y que murió definitivamente con la derrota del wilsonismo tras la Primera Guerra Mundial. Para entonces, los Estados Unidos llamaban la atención no tanto por sus estructuras gubernamentales, como por su éxito económico y su cultura de masas, que unos –como el citado Wells–, describían con sentimientos encontrados, mientras que otros –por ejemplo, Georges Duhamel en su *Scènes de la vie future* (1930)– calificaban como amenaza para las tradiciones europeas. En ningún momento, y mucho menos en el siglo xx, el americanismo y su contrapunto, el antiamericanismo, fueron patrimonio de un único grupo ideológico. De hecho, apuntar al antiamericanismo como un fenómeno mayoritariamente conservador constituye un error. La oposición a *lo estadounidense* solo puede ser tachada de conservadora si previamente descargamos el término de contenido político, y lo definimos meramente como una actitud. Si por modelo americano se entiende una suerte de proyecto para el porvenir, quienes se opongan a él son hasta cierto punto, al menos mientras no ofrezcan un contramodelo, *conservadores* (Gienow-Hecht 2006: 1089-1090).

El estudio académico del antiamericanismo se extendió tras la Segunda Guerra Mundial como parte de los esfuerzos efectuados por los propios estadounidenses para mejorar su imagen en el exterior. En 1948, Andre Visson, colaborador de *Time* y *Reader's Digest*, y que había trabajado para la propaganda norteamericana durante la contienda, advirtió que los europeos “cuestionaban la capacidad de América para ofrecerles el liderazgo moral y político que tanto necesitan” (Visson 1948: 14). Al rastrear los orígenes de este fenómeno, resultaba inevitable diferenciar entre los distintos países de Europa; aunque los argumentos pro o antiamericanos coincidían en muchos de ellos, existían también importantes diferencias. Por eso, cuando en 1959 Franz M. Joseph coordinó para la American European Foundation el famoso *As Others See Us: The United States Through Foreign Eyes* (Joseph 1959), decidió reunir a veinte intelectuales de otros tantos países, entre los cuales se encontraban Raymond Aron o Daniel Cosío Villegas. Esta tendencia hacia los análisis nacionales del antiamericanismo ha sido heredada por la historiografía, como demuestra el volumen editado por Alexander Stefan en 2006, con doce estudios regionales que cubren Francia, Inglaterra, Alemania, Austria, Dinamarca, Suecia, España, Grecia, Polonia y la Unión Soviética (Stephan 2006). Entre aquellas monografías que se han dedicado a desgranar la imagen de los Estados Unidos en distintos territorios del Viejo Continente, es posible distinguir dos modelos, heredados a su vez de la historia intelectual. En el ámbito francés han sido comunes estudios enfocados en grandes grupos sociológicamente diferenciados –políticos, intelectuales, viajeros, hombres de negocios–, diseccionados a través de una lectura pormenorizada de su producción escrita –libros, periódicos, diarios...–. El ejemplo más completo es la tesis de estado de René Rémond (1962) –*Les États-Unis devant l'opinion française (1815-1852)*–, cuyo camino fue seguido años después por Jacques Portes (2000). Una de las conclusiones que podía extraerse de estos análisis era la dificultad de sistematizar las opiniones de grupos amplios, conformados por individuos cuyas visiones de lo americano podían diferir radicalmente en algunos aspectos, y evolucionar significativamente a lo largo de los años. Por ello, en el contexto anglosajón han primado las investigaciones en torno a la posición frente a Estados Unidos de figuras concretas, como la efectuada por Robert Frankel a partir de los escritos de H. G. Wells, G. K. Chesterton, Harold Laski y William T. Stead (Frankel 2007).

En España, el interés –intelectual, académico o historiográfico– por el antiamericanismo ha discurrido por los mismos senderos que en el resto de Europa occidental. Cuando José Ortega y Gasset afirmaba en 1932 que el norteamericano era “un hombre *standard*”, como resultado de su “primitivismo” y su “vacío interior”, no difería mucho de las impresiones plasmadas esos mismos años por Duhamel (Ortega y Gasset 2006: 43). Décadas más tarde, en su contribución al citado libro de Frank Joseph, Julián Marías advertía que “su información sobre los Estados Unidos no era exclusivamente, o incluso mayoritariamente, española, sino europea” (Marías 1959: 25). Tampoco faltaron en España las críticas antiamericanas, de corte antiimperialista, que se extendieron por Europa durante los sesenta y los setenta, y de las que es buena muestra *La penetración americana en España* (1974), de Manuel Vázquez Montalbán. Por su parte, los historiadores españoles no se decidieron a considerar sistemáticamente las imágenes de los Estados Unidos hasta entrados los años noventa del siglo xx, una vez se hubieron normalizado, en la década anterior, las relaciones hispano-norteamericanas. Los vínculos especiales establecidos entre Madrid y Washington a raíz de los Pactos de 1953, marcados por la *excepcionalidad* del régimen franquista en el contexto de la Europa occidental de la posguerra, han llevado a gran parte de los académicos a trasladar esa excepcionalidad al contexto de las percepciones españolas sobre América. Para no pocos autores, el antiamericanismo español es más enconado que el de otras naciones de su entorno, debido a dos factores: el recuerdo de la guerra de 1898 y el resentimiento que produjo en la izquierda el alineamiento norteamericano con Franco. Así lo asegura uno de los libros más difundidos al respecto, *El antiamericanismo español*, publicado en 2007 por Alessandro Seregni: “la contienda sobre la isla de Cuba entre Estados Unidos y España, que luego se transformó en guerra verdadera y propia contribuyó de manera significativa a la formación de un sentimiento antiamericano en España”. Igualmente, los acuerdos del 53 habrían permitido que “el sentimiento antiamericano se enraizase aún más en profundidad” (Seregni 2007: 279, 283).

Esta visión excepcionalista ha comenzado a ser discutida por la historiografía, dado que la trayectoria de muchas figuras prominentes no coincide con los esquemas apuntados por Seregni. El conflicto del 98 no alteró la admiración que sentían por el sistema político norteamericano ni los republicanos clásicos del xix (Hilton 1998), ni los institucionistas, ni los intelectuales de la generación del 14. Pérez de Ayala escribía en 1914 que “la Historia de los Estados Unidos es para el hombre moderno una de las más interesantes”, y en plena Primera Guerra Mundial, Luis Araquistáin afirmaba que los norteamericanos iniciaban una etapa marcada por la “aparición de grandes personalidades, dilatación de los dominios espirituales del individuo, organización de una ‘democracia religiosa’”. El antiamericanismo de Araquistáin comenzó a manifestarse, paralelamente al de muchos otros intelectuales europeos, con el fracaso del wilsonismo, para mitigarse precisamente tras la Segunda Guerra Mundial (Fuentes Aragonés, 2003). Y los trabajos más recientes de Lorenzo Delgado (2012) y Antonio Niño (2012) han subrayado lo difícil que resulta clasificar, más allá de personalidades o grupos reducidos, las opiniones pro o antinorteamericanas.

En este marco se inserta el libro de Daniel Fernández de Miguel *El enemigo yanqui. Las raíces conservadoras del antiamericanismo español*, cuyo contenido sobrepasa con creces lo expresado en el título. En los capítulos previos al franquismo, el trabajo es más un análisis de las visiones sobre América que del antiamericanismo, ya que contrasta permanentemente los postulados antiestadounidenses con los de figuras marcadamente

filoamericanas –como Emilio Castelar o Ramiro de Maeztu–. Por otra parte, el autor va mucho más allá de las *raíces* del fenómeno antiamericano, ampliando el marco temporal hasta incluir casi dos siglos –de 1776 a 1953/1956–. El libro está estructurado en torno a tres capítulos principales, ordenados cronológicamente y de extensión desigual. El primero de ellos abarca el período 1776-1898, y rastrea las raíces de los recelos que despertó el experimento de nación estadounidense entre distintos sectores y personalidades de la sociedad española, calificados de forma genérica como *conservadores*. Los motivos de su rechazo serían fundamentalmente cuatro: en primer lugar, la rivalidad establecida entre España y Estados Unidos, en el continente americano, durante el primer tercio del siglo XIX, consecuencia de la presencia de territorios españoles ambicionados por los norteamericanos. En segundo lugar, el surgimiento de lo que se califica como *panhispanismo*, que formaba parte del “proceso de construcción de un nacionalismo español, conservador fundamentalmente, en el cual la reivindicación de un vínculo privilegiado con sus antiguas colonias y el ataque al enemigo exterior [Estados Unidos] que trata de dificultar ese vínculo juegan un rol fundamental” (p. 35). En tercer lugar, los recelos frente a distintos aspectos del modelo político estadounidense: “el establecimiento de una república y un régimen de democracia representativa como sistema político; la existencia de libertad religiosa”, etc. (p. 51). Y por último, el supuesto materialismo de la sociedad americana, que se contraponía al “espiritualismo, la religiosidad y el eurocentrismo de los españoles” (p. 47). Estereotipos todos ellos que se verían exacerbados en los meses que rodearon a la contienda de 1898.

El siguiente capítulo se centra en el período 1898-1936, y rastrea distintas expresiones de antiamericanismo que son parejas a las existentes en otras naciones europeas. Según el autor, en el primer tercio del siglo XX, el discurso antiamericano se articuló en torno a otros cuatro epígrafes: el rechazo a la sociedad de masas, algo que “tenía mucho que ver con la inquietud que provocaba en los europeos ilustrados la difusión de un consumo de masas que homogeneizaba todo a su paso, eliminando todo signo de individualidad y distinción” (p. 122); la aparente incapacidad cultural y artística de los norteamericanos, que “constituía la fuente de todos los males de su civilización” (p. 124); la identificación de los Estados Unidos con el cine o el jazz, vistos como vehículos de ese modo de vida masificado y materialista, “lo cual estimuló y propagó los tópicos existentes sobre el país” (p. 128); y el papel de las mujeres –“mucho más incorporadas a la vida profesional y pública” (p. 133)– en la sociedad norteamericana. Algunos de estos argumentos comenzaron a ser expuestos no solo por personalidades del ámbito conservador, sino también por intelectuales y políticos de talante progresista, como el citado Araquistáin. A este y a Alberti se dedican sendos apartados, precisamente por sus críticas antiestadounidenses, que son contrastadas con el filoamericanismo de Ramiro de Maeztu, tachado de “rara avis” del conservadurismo español.

El capítulo sobre los años 1936-1953 comienza en la página 135, y se extiende hasta la 418, abarcando dos tercios del libro. Este desequilibrio entre la atención prestada al período franquista y el tratamiento de las décadas precedentes deriva del origen del volumen, que es el resultado de la tesis doctoral del autor –*El antiamericanismo conservador durante el franquismo*– presentada en la Universidad Complutense el año 2008. De hecho, cuando el lector se adentra en esta parte, tiene la sensación de estar leyendo un trabajo diferente. Llegados al franquismo, desaparecen prácticamente las alusiones al proamericanismo, y el análisis reviste una mayor exhaustividad, tanto en lo referente a

la muestra de personalidades, como al catálogo de publicaciones usadas como fuente. En todo momento, el texto se centra en tres grupos –falangistas, Ejército e Iglesia católica–, mezclando perspectivas cronológicas y temáticas. Fernández de Miguel distingue entre la Guerra Civil (1936-1939), la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), los años del aislamiento (1945-1949) y el período de la negociación de los pactos hispano-estadounidenses (1949-1953/1956). Entreverados aparecen epígrafes sobre la relación entre antisemitismo y antiamericanismo, nuevamente sobre la repercusión del cine, y en último término, sobre el antiamericanismo de la Iglesia. En todos los casos, la temática de las invectivas contra los Estados Unidos se hereda de períodos anteriores –hispanismo, materialismo, protestantismo, antiliberalismo, ausencia de una verdadera cultura y de un espiritualismo profundo, etc.–, aunque su mayor o menor intensidad se hace depender del estatus de las relaciones entre Madrid y Washington. La carga crítica nunca estuvo ausente, pero fue mucho mayor en los años de identificación con el Eje (1939-1942), y menor según el franquismo se decantaba por un acercamiento, a veces tímido, hacia Norteamérica (1942-1945 y 1949-1951).

Aplicando esta perspectiva, resulta fácil concluir que “El antiamericanismo conservador español comenzó a fraguarse desde la misma irrupción de EE.UU. como nación independiente” (p. 419), y que su poso “se deja sentir hasta nuestros días” (p. 426). Sin embargo, lo único que puede constatarse realmente es la pervivencia de determinados estereotipos entre quienes, llevados por motivaciones diversas, han construido discursos antiamericanos en los últimos 200 años; pero no está para nada claro que esos discursos hayan sido exclusiva o mayoritariamente conservadores. Sobre todo, porque el trabajo hace precisamente un uso ahistórico de la etiqueta de *conservador*. A lo largo de todo el texto se intuye una continuidad entre la concepción actual que se tiene políticamente del término, y su aplicación a períodos tan lejanos como mediados del siglo XIX. Agrupar bajo una misma bandera a los tradicionalistas, los moderados y personajes como Juan Valera, y contraponerlos con liberales y republicanos, implica ignorar los debates políticos de la España decimonónica, así como las variaciones que sufrieron los posicionamientos ideológicos con el discurrir de las distintas soluciones constitucionales. Valera era claramente un liberal, pero con una opinión negativa de Estados Unidos, influida por su propia experiencia personal en aquel país. Y es que, precisamente, las trayectorias personales, y no los rótulos políticos, son las que explican las opiniones de un autor. En el período de entreguerras, el filósofo José Ortega y Gasset queda claramente al margen del espectro conservador –bajo cuyo epígrafe se le incluye– a pesar de que, como muy bien refleja el libro, fue entonces extremadamente crítico con el modelo civilizatorio que parecía emanar de los Estados Unidos. Y Ramiro de Maeztu podía haber dado en los años veinte un giro *hacia la derecha*, pero su proamericanismo no resulta tan extraño si se observa su biografía, y se entienden sus conexiones familiares con el mundo anglosajón, e incluso su admiración temprana por H. G. Wells –Maeztu fue el primero en volcar a español *La guerra de los mundos*–. Si el antiamericanismo de *El enemigo yanqui* se puede tachar de conservador, es nuevamente en el sentido que le daba Gienow-Hecht: quienes miraban con malos ojos hacia la otra orilla del Atlántico lo hacían en oposición al modelo de futuro que allí se vislumbraba.

Metodológicamente, el libro de Daniel Fernández se encuentra a caballo entre el modelo francés representado por Rémond y el anglosajón de Frankel. En los primeros capítulos aparecen ante nuestros ojos una relativamente amplia batería de personalidades

tanto anti como filoamericanas: José Ferrer de Couto, Gil Gelpi y Ferro, Mariano de Cavia, Luis García Guijarro, Emilio Castelar, Gumersindo de Azcárate, Azorín, Rafael Alberti o los ya citados Ortega y Gasset y Ramiro de Maeztu. En muchos de estos casos se echa de menos un tratamiento más profundo, ya sea del contexto o de la producción escrita de estos personajes. La propia historia vital de Ferrer de Couto es mucho más rica, y va mucho más allá, de su obra *América y España considerada en sus intereses de raza* (1859), que es la utilizada en el libro. Como ha estudiado Ana M. Varela Lago (2008), este periodista formaba parte de un reducido pero significativo grupo de inmigrantes españoles residentes en Nueva York, de difícil encuadre ideológico –algunos, como Arturo Cuyás, se encontraban incluso cercanos al catalanismo–, que trabajaban por fomentar un hispanoamericanismo particular, al margen del existente en la Península. Y al igual que pasa con Araquistáin, la visión de Ortega respecto a Norteamérica no se puede reducir a lo expresado en *La rebelión de las masas* –que solo se refiere al ámbito americano de forma tangencial– y en la serie de artículos “Sobre los Estados Unidos”. En la obra del filósofo son constantes las alusiones a la realidad estadounidense, y si bien siempre mantuvo un actitud bastante crítica, no estuvieron ausentes expresiones puntuales de elogio, como el brindis que pronunció en la fiesta del armisticio de 1918, calificando a los Estados Unidos de “nación multiforme que has sabido aspirar de los milenios pasados la herencia de la mejor humanidad” (Ortega y Gasset 2005: 151).

En el largo capítulo dedicado al franquismo, se abandona el enfoque personalista por la caracterización de los tres sectores más marcadamente antiamericanos: los falangistas, el Ejército y la Iglesia católica. La selección de fuentes es aquí mucho más amplia y rigurosa, estando compuesta fundamentalmente por publicaciones periódicas –*Haz, Alférez, Arriba, Cristiandad, Primer Plano...*–. Pese a ello, los tres grupos aparecen caracterizados como entes relativamente monolíticos y hasta cierto punto irreductibles, lo cual tiende a empobrecer el análisis final. En algunos momentos, se destacan las dificultades que tuvo el gobierno para contener los comentarios antiamericanos proferidos desde los medios escritos del Ejército, en momentos en que se favorecía el acercamiento a Washington. ¿No pueden estos choques esconder rencillas existentes dentro del Ejército, e incluso, con el correr del tiempo, una división entre los oficiales más intransigentes y aquellos que entreveían los beneficios de una colaboración más estrecha con los estadounidenses? En otros casos, cuando las diferencias de criterio en uno de los sectores tratados eran evidentes, el autor tiende a restar importancia a las voces más proamericanas. Así ocurre, por ejemplo, en el caso de la Iglesia católica, a la que se presenta como un elemento anclado en los tiempos de la Contrarreforma, para el que “el protestantismo seguía siendo (...) el enemigo a batir” (p. 371). De esta manera no solo se pasan por alto las repercusiones que sobre la opinión eclesiástica pudieran tener los hechos acaecidos desde el siglo XIX, sino que se esconde la tímida pero creciente heterogeneidad que comenzaba a manifestarse en el seno de la Iglesia española. No faltaron eclesiásticos que, sin eludir las críticas a los Estados Unidos, efectuaron análisis mucho más sofisticados que los mostrados en el libro. Sin esconder sus obvios recelos hacia el protestantismo, las reflexiones del padre José Antonio Sobrino, S. J., son más complejas de lo que se deja entrever en el libro; así se puede comprobar en su interesante *Introducción crítica a los Estados Unidos* (Sobrino 1951), surgida de su estancia en Georgetown. Por otra parte, si la “firma del Concordato con la Santa Sede el 27 de agosto [de 1953] fue el punto de inflexión definitivo para que la Iglesia española acatara sin reservas el acuerdo con EE.UU.” (p. 415), se podría deducir

que los sectores menos antiamericanos de la jerarquía eclesiástica –como el encabezado por el obispo, luego cardenal, Ángel Herrera Oria– gozarían de un peso mayor al que les atribuye Daniel Fernández.

Con todo, *El enemigo yanqui* tiene el indudable mérito de constituir el mayor esfuerzo desarrollado hasta la fecha para tratar de vislumbrar la realidad que se esconde tras un vocablo –antiamericanismo–, utilizado hasta la saciedad, y de manera superficial, tanto por los periodistas como por los medios. Sin embargo, el valiente trabajo de Fernández de Miguel es buen testigo de las dificultades que entraña el análisis de las imágenes y los estereotipos nacionales. En la opinión que los españoles tienen de Estados Unidos, los temas y las argumentaciones pueden repetirse; pero las motivaciones de quienes, en un momento u otro, han desarrollado una actitud crítica hacia la superpotencia americana, han sido múltiples y variadas. Y estas solo pueden entrecerse descendiendo al nivel de los individuos y analizando su trayectoria a lo largo de un período de tiempo más o menos largo. Cuando en 1932 Ortega decía que los Estados Unidos constituían “un pueblo primitivo *camuflado* por los últimos inventos” (p. 102), estaba expresando razonamientos parecidos a los expuestos en 1943 por el general Alfredo Kindelán, al asegurar que los norteamericanos “no poseen una plena civilización” (p. 177). Los dos se oponían al *modelo* estadounidense, pero lo hacían para defender dos *contramodelos* completamente diferentes. Y es que, como en otros países, existen muchos *antiamericanismos*, y por ello, aquí podría aplicarse lo dicho por el citado Richard Kuisel al tratar sobre la proyección cultural de los Estados Unidos: “el objeto de la investigación histórica debería ser lo particular, y no lo general” (Kuisel 2000: 512).

Bibliografía

- Delgado Gómez-Escalonilla, Lorenzo (2012): “Objetivo: atraer a las élites. Los líderes de la vida pública y la política exterior norteamericana”. En: Niño, Antonio/Montero, José Antonio (eds.): *Guerra Fría y propaganda. Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 235-276.
- Fernández de Miguel, Daniel (2012): *El enemigo yanqui. Las raíces conservadoras del antiamericanismo español*. Madrid: Genuève. 442 páginas.
- Frankel, Robert (2007): *Observing America. The Commentary of British Visitors to the United States, 1890-1950*. Madison: The University of Wisconsin Press.
- Fuentes Aragonés, Juan Francisco (2003): “El socialismo atlantista de un exiliado español: Luis Araquistáin”. En: Vargas, Bruno (ed.): *El socialismo español en el exilio y la construcción europea*. Madrid: Fundación Indalecio Prieto, pp. 97-115.
- Genow-Hecht, Jessica C. E. (2006): “Always Blame the Americans: Anti-Americanism in Europe in the Twentieth Century”. En: *American Historical Review*, 111, 4, pp. 1067-1091.
- Hilton, Sylvia L. (1998): “República e imperio: los federalistas españoles y el mito americano, 1895-1898”. En: *Ibero-Americana Pragmensia*, 34, pp. 11-29.
- Joseph, Frank M. (ed.): *As Others See Us. The United States Through Foreign Eyes*. Princeton: Princeton University Press.
- Kuisel, Richard (2000): “Commentary: Americanization for Historians”. En: *Diplomatic History*, 24, 3, pp. 509-515.
- Mariás, Julián (1959): “From Spain”. En: Joseph, Frank M. (ed.): *As Others See Us. The United States Through Foreign Eyes*. Princeton: Princeton University Press, pp. 25-56.

- Niño Rodríguez, Antonio (2012): *La americanización de España*. Madrid, Los Libros de la Catarata.
- Ortega y Gasset, José (2005): “Brindis en la fiesta del armisticio de 1918”. En *Obras Completas. Tomo III*. Madrid: Taurus/Fundación Ortega, pp. 150-154.
- (2006): “Sobre los Estados Unidos, III”. En *Obras Completas. Tomo V*. Madrid: Taurus/Fundación Ortega, pp. 42-44.
- Pérez de Ayala, Ramón (1914): “Historia de las cosas pequeñas I”. En: *El Imparcial*, 24 de enero, p. 2.
- Portes, Jacques (2000): *Fascination and Misgivings. The United States in French Opinion, 1870-1914*. New York: Cambridge University Press.
- Rémond, René (1962): *Les États-Unis devant l'opinion française (1815-1852)*. Paris: Armand Colin, 2 vols.
- Seregini, Alessandro (2007): *El antiamericanismo español*. Madrid: Síntesis.
- Sobrino, José A., S. J. (1952): *Introducción crítica a los Estados Unidos*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.
- Stephan, Alexander (ed.) (2006): *The Americanization of Europe: Culture, Diplomacy and Anti-Americanism After 1945*. New York: Berghahn Books.
- Tocqueville, Alexis de (2002): *La democracia en América*. Madrid: Alianza, 2 vols.
- Varela Lago, Ana M. (2008): *Conquerors, Immigrants, Exiles: The Spanish Diaspora in the United States (1848-1948)*. Tesis doctoral inédita, University of California, San Diego.
- Visson, Andre (1948): *As Others See Us*. Garden City, NY: Doubleday.